

# REVISTA GADITANA.

## Número 36.

Un obstáculo imprevisto ha retardado hasta mediados del presente mes, la publicacion del primer número de la REVISTA ANDALUZA.

Sus redactores no han perdonado medio ni esfuerzo alguno, á fin de conseguir que corresponda este periódico, al gran objeto que se propusieron al publicarlo.

### NAPOLEON Y LUCIANO.

En uno de los gabinetes del palacio real de Milan se hallaba un dia del mes de Mayo de 1800 un hombre vestido con un sencillo uniforme verde, un calzon cenizo de casimir blanco y botas de montar: cuya cabeza, modelada sobre una estatua antigua, dejaba descubierta una frente espaciosa, coronada de negros cabellos, curvándose ligeramente hácia las sienes; sus ojos azules parecia que penetraban la oscuridad de los sucesos futuros, y su boca entreabierta, dejaba ver dos hileras de dientes que una hermo-

sa muger envidiaria; sin embargo, cuando esta boca se abre, todas las naciones escuchan; cuando aquellos ojos se animan y brillan, las llanuras de Austerlitz arrojan llamas cual si fuesen un volcan, y cuando frunce sus cejas, tiemblan los reyes. En este momento, este hombre manda á ciento veinte millones de hombres; diez pueblos cantan á la vez el *Hosanna* de su gloria en diez lenguas diversas: porque este hombre es mas grande que César, es igual á Carlo-Magno, es Napoleon el grande, el Júpiter tonante de la Francia.

Vuelve de pronto la vista hácia una puertecita que se abre para dar paso á un caballero vestido con una levita azul, pantalon gris ceñido y botas á lo húsar: al fijar la atencion en este personaje, se descubre una semejanza notable con el que lo esperaba, pero es mas alto y delgado, y mas moreno: este es Luciano, el verdadero romano, el republicano de la antigüedad, la barra de hierro de la familia.

Estos dos hombres, que no se habian vuelto á ver desde Austerlitz, se lanzaron mutuamente una de aquellas miradas que escudriñan los pliegues del corazon, porque Luciano era el único que tuviese en los ojos el mismo poder que Napoleon. Detúvose así que dió tres pasos, y alargó su mano para estrechar la que Napoleon le ofreció acercándose á él.

Hermano mio, exclamó Luciano abrazando á Napoleon. — Hermano querido, cuanto me alegro de veros!

Dejadnos solos, señores, dijo el emperador haciendo una señal con la mano á un grupo que allí habia. Las tres personas que formaban, se inclinaron y salieron sin proferir una palabra; sin embargo, estos tres hombres que obedecian de esta manera una señal, eran Duroc, Eugenio y Murat: un mariscal un principe y un rey.

Os he hecho llamar Luciano, le dijo Napoleon en cuanto se hallaron solos.

Ya veis como me he apresurado á obedecer á mi hermano mayor, le contestó aquel.

Napoleon frunció, aunque imperceptiblemente las cejas.

No importa, habeis venido, que era lo que deseaba; tengo que hablaros.

Ya os escucho, contestó Luciano haciendo una cortesia.

Napoleon cogió con dos dedos un boton de la levita de su hermano, y fijando la vista en sus ojos le dijo. Cuales son vuestros proyectos?

Mis proyectos! contestó Luciano admirado, mis proyectos son los de una persona que vive retirada, lejos del ruido, en la soledad: mis proyectos se reducen á acabar tranquilamente si puedo, un poema que he principiado.

En efecto, dijo Napoleon con ironía, sois el poeta de la familia; os ocupais en hacer versos mientras yo gano batallas; y estoy persuadido de que, cuando yo muera, sereis mi cantor; he aqui una ventaja que tendré sobre Alejandro; la de poseer mi Homero.

Y quién es mas feliz de los dos?

Vos, sin duda ninguna, contestó Napoleon soltando con muestras de mal humor el boton que tenia agarrado, porque no tendreis el disgusto de ver en el seno de vuestra propia familia indiferentes y tal vez rebeldes.

Luciano dejó caer los brazos y miró con tristeza al emperador.

Indiferentes!... os olvidais del 18 de Brumario... rebeldes!... cuando me habeis visto promover la rebelion?

Suficiente rebelion es la de no servirme; quien no está conmigo está en contra mia; ven aqui Luciano, bien sabes que tú eres á quien mas amo entre todos mis hermanos; (cogióle entonces las manos) el único que puede continuar mi obra: quieres renunciar á la oposicion que me estás haciendo? Cuando miras á mis plantas á todos los reyes de Europa, te creerias humillado por inclinar tu cabeza en medio del séquito de lisonjeros que acompaña mi carro triunfal? Será la voz de mi hermano la que me haya de gritar «*César, acuérdate de que has de morir?*» Vamos, dime Luciano, ¿quieres marchar conmigo?

¿En que concepto me habla V. M.? respondió Luciano lanzando á Napoleon una mirada de desconfianza.

El emperador se acercó sin hablar palabra á una mesa redonda, que estaba en medio del gabinete, y colocando sus dos dedos en un lado de un gran mapa arrollado, se volvió hacia Luciano y le dijo.

Estoy en el apogeo de mi fortuna. Luciano: he conquistado toda la Europa, y puedo dividirla segun me agrada. Soy tan victorioso como Alejandro, tan potente como Augusto, tan grande como Carlo-Magno: quiero, y puedo: pues bien, anadió desarrollando de un tiron el mapa, escoge el reino que quieras, hermano mio, y te empeño mi palabra de emperador, de que en el momento en que lo señales con la punta del dedo, ese reino será tuyo.

Y por qué me haceis esta proposicion á mí mas bien que á nuestros otros hermanos?

Porque tú solo te pareces á mí en alma y en cuerpo, Luciano.

Y cómo podria hacerse esto, cuando yo

no profeso vuestros mismos principios?

Pensaba que habian variado despues de cuatro años que no nos hemos visto.

Pues os habeis engañado hermano mio, porque estos son los mismos que en 1799; nunca cambiaré mi silla curul por un trono.

Necio é insensato; dijo Napoleon, empezando á pasear y hablando consigo mismo; insensato y ciego que no vé que he sido enviado para derrocar la carreta de la guillotina que han tenido como un carro republicano! Y deteniéndose de repente y acercándose á su hermano, —Pero déjame, prosiguió, elevarte sobre la montaña y enseñarte los reinos de la tierra. ¿Cual consideras apropósito para realizar tus sublimes sueños? Veamos; ¿será por ventura el cuerpo germánico en el que solo tienen vida sus universidades, especie de arterias republicanas que laten dentro de un cuerpo monárquico? Será la España, católica unicamente desde el siglo XIII, y en la que germina apénas la verdadera interpretacion de la palabra de Cristo? (1) Será la Rusia, cuya cabeza puede que piense pero cuyo cuerpo galbanizado un momento por el Czar Pedro ha recaido en su parálisis polar? No, Luciano; no; aun no han llegado los tiempos; renuncia á tus locas utopías; dame la mano como hermano y aliado, y mañana te hago gefe de un gran pueblo, reconozco á tu esposa por hermana mia, y te devuelvo todo mi cariño.

Esto es, dijo Luciano: desesperas de poderme convencer, y quieres comprarme!—El emperador hizo un movimien-

to.—Déjame á mi vez hablarte, porque este momento es solemne, y tal vez no se presentará otro igual en toda nuestra vida; no me enfado contigo porque me hayas juzgado equivocadamente, habeis enmudecido y ensordecido á tanta gente derramando á rios el oro en su boca y oidos, que tal vez os habreis figurado que podriais hacer lo mismo conmigo. Quereis hacerme Rey ¿no es verdad? Pues bien, acepto, si me prometeis que mi reino no será una prefectura; me concedeis un pueblo; lo tomo, sea el que quiera, pero con la condicion de que yo le he de gobernar segun sus ideas y sus necesidades; porque quiero ser su padre, y no su tirano, quiero que me ame, no que me tema; desde el dia que me coloque sobre mi cabeza la corona de España, de Suecia, de Wurtemberg ó de Holanda dejo de ser frances para ser español, sueco, wurtembergues ú holandes; mi nuevo pueblo será mi única familia. Pensadlo bien; entónces no seremos hermanos por los lazos de la sangre, sino por el rango que ámbos ocupemos; vuestra voluntad no traspasará de mis fronteras, y si marchais en contra mia, os aguardaré prevenido; me venceréis, sin duda ninguna, porque sois un gran capitán (y la suerte de las batallas no depende siempre de la justicia); pero entónces seré yo un Rey destrenado, y mi pueblo un pueblo conquistado; entónces podreis dar mi corona y mi pueblo á otro mas sumiso ó mas obediente. Hé concluido.

Siempre el mismo, siempre el mismo; murmuró Napoleon; despues dando de pronto una patada esclamó; ¿olvidais Luciano que debeis obedecerme como á vuestro Rey?

Tú eres mi primogénito, mas no mi padre; eres mi hermano, mas no mi Rey, nunca humillaré mi cabeza bajo tu yugo de hierro, nunca, nunca!

(1) No podemos dejar de considerar esto sino como una equivocacion, pues la España jamas abandonó el catolicismo absolutamente desde el tiempo en que Santiago predicó en ella la palabra sagrada, que habia bebido en la pura fuente del Salvador.  
—N. del T.

Napoleon se puso escesivamente pálido, tomaron sus ojos una espresion terrible, y sus labios temblaron.

Reflexionad en lo que os he dicho, Luciano.

Reflexiona en lo que te voy á decir, Napoleon. Has muerto muy mal á la república, porque tú la has herido sin atreverte á mirarla cara á cara; el espíritu de libertad que crees que has ahogado, bajo tu despotismo crece, se estiende y se propaga; piensas lanzarlo delante de ti, y te persigue por detras; mientras seas vencedor estará mudo, pero en cuanto aparezca el día de los reverses verás si puedes apoyarte en esa Francia que has engrandecido; pero que has esclavizado. Tu imperio, elevado por la violencia y la fuerza, debe caer por la fuerza y la violencia: y tú, Napoleon, tú que caerás derrocado desde la cumbre de este imperio, te harás pedazos, (Luciano sacó su reloj y lo tiró al suelo) pedazos como yo hago este reloj, en tanto que nosotros, partícipes y restos de tu fortuna, nos dispersaremos por la superficie de la tierra, porque pertenecemos á tu familia, y seremos maldecidos porque tenemos tu nombre.

Adios, Señor!

Luciano salió de la habitacion.

Napoleon permaneció inmóvil y con la vista fija en el suelo; al cabo de cinco minutos se oyó el ruido de un carruaje que salía de palacio, entónces llamó con la campanilla.

Qué significa ese ruido?, preguntó al huijer que se presentó.

Es el del carruaje del hermano de V. M. que parte para Roma.

Está bien: dijo Napoleon, y su figura volvió á adquirir aquella calma impasible y glacial bajo la cual ocultaba, como si fuera una máscara, las mas vivas emociones.

Apénas habian pasado diez años cuan-

do se cumplió la prediccion de Luciano. El imperio, alzado por la fuerza, habia sido derrocado por la fuerza; Napoleon se habia hecho pedazos, y aquella familia de águilas cuyo nido estaba en las Tullerias, se habia desbandado, y se hallaba fugitiva; proscripta, y vagando por todo el mundo. Madama Letizia, la Niobe imperial que habia dado á luz á un emperador, á tres reyes y á dos archiduques, se habia retirado á Roma; Luciano á su principado de Canino, Luis á Florencia, José á los Estados Unidos, Gerónimo á Wurtemberg, la princesa Elisa á Baden, la princesa Borghese á Piombino, y la reyna de Holanda á la quinta de Aremberg en Suiza.

*Alejandro Dumas.*

## MARIA.

### I.

MI AMIGO.

La muerte de un verdadero amigo deja en el sensible corazon del amigo que sobrevive impresiones penosas, indelebles. Si, un amigo es uno de los objetos mas caros, mas preciosos que el hombre puede hallar en este mundo; con él comparte los placeres y penalidades de esta vida, en él deposita sus mas ocultas ideas, sus mas secretos sentimientos. Hállase alguno oprimido por algun acerbo pesar, por alguna funesta desgracia; acude prontamente á su amigo para desahogar su angustiado corazon, comunicándole el motivo de su tristeza, y está seguro de hallar en él un hombre,

que atento le oír, que aliviará su pena, que enjugará sus lágrimas, que participará de su sentimiento. Ah! no creo que la dolorosa y eterna separacion de mis caros padres hiera y lastime mas á mi alma que el desastrado término de los dias de un virtuoso jóven, cuya pequeña historia de su vida, que voy á describir, si bien no marcada con aquellos grandes acontecimientos que tanto halagan y admiran al mundo, á lo ménos se ve en ella delineada una série de hechos, y en particular el último de su vida, que manifiestan un alma pura, sensible, virtuosa, y verdaderamente grande.

Un jóven G., hijo de una honrada familia, de regulares bienes de fortuna, dedicóse desde sus mas tiernos años al estudio. Mostró siempre una inclinacion suma á las matemáticas, física y química, y aun llegó á hacer prodigiosos adelantos en ellas, solo con el noble objeto de ser un dia útil á su cara patria. (1) Celoso del honor nacional y de la preeminencia de las otras naciones, con frecuencia y harto sentimiento, decia: «la España es rica, pero abundaria en mas riquezas si estas ciencias se generalizasen, (Física, Química y Matemáticas) si llegasen al estado de perfeccion en que se hallan en otras naciones de Europa; pero desgraciadamente la indole de los españoles ha atendido hasta ahora á lo bello, pero superficial y aparente, y ha dejado de admirar lo sencillo y lo útil.» Me parece que en esto decia mi amigo una verdad. El lugar de su residencia para el estudio, era la hermosa ciudad de Barcelona, ciudad que es un verdadero laberinto de peligros, don-

de se extravía y se pierde la juventud inadvertida; pero mi amigo, teniendo por verdadera guia á la virtud, andaba por todas las sondas, se detenía complaciéndose en admirar lo útil y agradable que encierra aquella industriosa capital, y padecía su corazon al contemplar la relajacion y disolucion de costumbres á que generalmente está sujeta la sociedad agolpada en ciudades populosas. Seria por demas decir que en una ciudad de el bello sexo se presenta á los ojos de la juventud con tan donosos atractivos, con tan halagüeñas y seductoras formas, no viniese el amor á turbar la estudiosa tarea de un jóven de veinte años, dotado de una imaginacion viva y ardorosa. Si, mas de una vez sintió palpitár con vehemencia su afectuoso corazon por alguna bella jóven; pero una incesante aplicacion y el inquieto deseo de figurar entre la sociedad, como un miembro útil á ella, venia siempre á calmar los fogosos impulsos de su ardiente y apasionada alma. Entreveía sin duda, allá en su porvenir, dias halagüeños, dias placenteros, en que poderse entregar con tranquilidad á los dulces placeres del amor.

Tal era la atareada vida del jóven G., cuando un imprevisto y lamentable accidente vino á arrebatarle de la ciudad de Barcelona. El sensible fallécimiento de su caro padre le sumergió en el mas profundo dolor, y como mayor de la familia, vióse precisado á restituirse al seno de ella. Entónces el doloroso recuerdo de haber perdido un padre amable, de quien recibiera la mas esmerada educacion con las mas puras demostraciones de un verdadero cariño paternal, la entera privacion de los honestos placeres de una ciudad civilizada, su triste domicilio un reducido lugar, la cruel idea de ver desvanecidas sus mas

---

(1) Hago aquí esa especie de digresion solo para dar á conocer las ideas positivas de mi amigo y los patrióticos sentimientos de que estaba animado.

halagüeñas ilusiones que hacian un dia deliciosa su existencia, todo ese conjunto de lastimosas aflicciones martirizaron de tal modo su sensible alma, que parecia iba á sucumbir al exceso de su dolor. Aquel semblante que ántes animado con la esperanza, se veia risueño, amable, ahora solo se notaba en él el abatimiento, la melancolia y la indiferencia. Solo se traslucia que experimentaba alguna dulce satisfacion cuando llevaba algun placer doméstico ó cuando daba alguna leccion á sus caros hermanos.

## II.

### EL AMOR.

Una hermosa tarde de paseo por aquellas cercanias hablandome mi amigo sobre asuntos amorosos que ocurrían en la villa, entre otras cosas dijo. Lejos de mi la idea de querer rebajar el mérito de la amabilidad y sencillez de nuestras jóvenes paisanas, pero no temo nunca que venga el amor á dulcificar mis dias en ese mi destierro. Ah! y cuan engañado vivia mi amigo! ¿y quien, al oírle, hubiera predicho que el amor, ese amor, del que se imaginaba tan distante, habia de ser la causa de su muerte? Lo que ví poco tiempo despues me ilustró, en que el amor, como dice la Fábula, es un niño ciego, que cuando da con el ser viviente descuidado, abre en su corazon una honda herida. El tiempo vino á confirmar esta verdad. No se transcurrieron muchos dias, cuando observé en mi amigo una estraña mudanza. Ya se notaba en su semblante que iba desvaneciéndose la sombría tristeza que continuamente estaba pintada en él, ya su conversacion se hacia cada dia mas familiar, mas amona, mas agradable, ya pa-

recia que le complacia aquel destierro, nombre con que solia designar á su morada en aquella villa. No podia yo concebir la causa de tan estraordinaria metamorfosis, y cuando procuraba inquirirla por preguntas hechas de propósito á mi amigo, las esquivaba, ó por medio de mil esugios que inducian á tomar nueva conversacion, ó se contentaba embocándose esa frase lacónica de que el hombre se habitúa á todo. Una sola mirada que una noche de baile dirigió mi amigo á una hermosa y sencilla jóven, bastó para descubrirme el secreto; y el inquieto anhelo que despues observé en él de hallar ocasion de hablarla y de hablar con ella, me confirmó en mi pensamiento. Acerqueme á él y con voz baja le dije: por fin, amigo, ya he descubierto lo que tanto y con tanta precaucion procurabas encubrirme. Dime ¿no es verdad que el amor te vuelve á la vida? Inmutóse su semblante á semejante pregunta y luego, reponiéndose de su sorpresa, respondió: «si, sobrada razon tienes y seria ya hollar los deberes de nuestra mútua amistad, si te ocultara por mas tiempo lo que ahora siente mi corazon. Sabete que estoy perdidamente apasionado de aquella cándida joven que allí ves, de la tierna Maria, ella, como has dicho tú muy bien, me ha vuelto á la vida, ha inspirado á esta alma indiferente los mas vivos y tiernos sentimientos, y ha derramado en este frio y desgarrado corazon el dulce bálsamo de la ternura y de la sensibilidad. Por fin, adoro entrañablemente á Maria y ya me es imposible dejar de adorarla.» En efecto, Maria hija de unos honrados padres labradores de aquella villa, reunia á su extrema modestia y sencillez, todas las cualidades capaces para inspirar amor. Un rostro candoroso y encantador, unos ojos negros, vivos penetrantes y espresivos, una seductora sonrisa que de continuo

se veía dibujada en aquellos hermosos y hechiceros labios, el cuerpo esvelto y gracioso, cuyos delicados contornos cobijaba un traje sencillo; eran las principales prendas físicas con que naturaleza había adornado á aquella amabilísima criatura. A mas, á estas perfecciones humanas, debo añadir la embelesadora candidez que respiraba aquella jóven, que solo contaba diez y siete años, y cuya blanca frente no estaba aun marchita ni por la mas leve ráfaga del dolor. María, en fin, era una de aquellas hermosas deidades que el hombre admira inocentemente. Crecía ella en edad, crecía su hermosura, crecía el amor entre aquellos dos amantes y un estrecho enlace hubiera sido la consecuencia de sus amorios, si el hado fatal no hubiese cortado ántes el nudo que iba para siempre á aunar á aquellas dos tiernas almas.

### III.

#### LA HERIDA.

Una mañana en que un Sol resplandeciente había ya derretido y evaporado con sus rayos caloríficos, la abundante escarcha depositada en la superficie de la tierra, durante una noche calma y serena, mi amigo, dos compañeros y yo, salimos de la villa con el objeto de solazarnos en la caza.—Al llegar al punto determinado, tomamos nuestras distancias y empezamos á perseguir á porfia una bandada de perdices que habían ido á posarse al pie de un olivar.—Después de muchos tiros, y de hallarnos algo fatigados, nos reunimos ya para tomar algun descanso, ya para saber el número de perdices que habían caído á nuestra habilidad, y nos admiramos de ver que faltaba el jóven C., con tanta mas razon cuanta mas escasa era siempre su puntualidad al me-

nor aviso de reunion.—Sin duda, dijo uno de los compañeros, no habrá tenido acierto en dirigir bien sus tiros, y por no verse burlado, no querrá juntarse hasta que haya muerto alguna perdiz.—Vive Dios! respondió el otro, que probablemente no será este el motivo.—Otra caza deberá perseguir nuestro fino y astuto cazador, pues á no engañarme mis ojos, he columbrado, allá en un campo, una agraciada jóven, que parecía ser su linda Dulcinea.—Mientras atentos subíamos la colina para ver si á nuestra señal de silvidos correspondía mi amigo, oímos sucesivamente cuatro explosiones, que llamaron nuestra atención.—Apresuramos el paso, y al llegar á la cumbre, vimos, allá en la llanura, dos hombres armados que corrían velozmente, y siete ó ocho parados en un campo que por sus movimientos y ademanes nos hicieron presagiar que había ocurrido alguna desgracia.—Temiendo por nuestro amigo, con la mayor rapidez bajamos la pendiente y llegamos á aquel campo con el mayor asombro y la mas penosa sorpresa, se ofreció á nuestra vista un sangriento espectáculo.—Vimos á nuestro compañero herido, brotando de su cabeza un copioso chorro de sangre que procuraban atajar aquellos afligidos y beneméritos labradores.—Mas allá á poca distancia aparecía una muger arrodillada con los ojos arrasados de lágrimas que sostenía en sus brazos á una hermosa jóven desmayada: y al rededor de este tieruo y lastimoso cuadro, contrastaba otro, aterrador, horrible: el de dos hombres moribundos de formas atléticas y de cara atezada que tendidos en el suelo se revolcaban en su propia sangre humeante, y rasgaban el aire con penetrantes ayes y espantosos rugidos.—Verdaderamente quedamos petrificados á la vista de tan terrible escena, y haciendo superiores á la sorpresa y al sentimiento, tratamos de

prestar nuestros cuidados á aquellos infelices.—Logramos detener el curso de sangre que manaba de la mortal herida del jóven C.; á nuestros solícitos socorros recobró sus sentidos aquella desmayada jóven, Maria, consolóse aquella afligida muger, su madre, y abandonamos á sí mismo á aquellos miserables moribundos, dos latro-faciosos, de los que el uno acababa ya de dar su alma á Dios y el otro espiró á poco tiempo despues.—Al volver en sí Maria, lanzó en torno suyo una mirada investigadora y viendo con indecible sorpresa que aun respiraba su amante á quien imaginaba muerto, corrió presurosa á ponerse á sus pies.

—Triste é ininóvil permaneció aquella dolorida jóven al contemplar el ensangrentado rostro de su malhadado defensor, el que tenia fija su vista en ella de un modo en que bien se traslucía lo que pasaba en el interior de su combatido corazón.—Separamos á aquellos infelices amantes; unos llevamos el jóven C. á su casa, otros cuidaron de conducir á la suya á Maria.

*(Se continuará.)*

## Costumbres populares.

### LA FERIA

#### DE ALMAGRO.

nos á Almagro marchaban con reposado continente el día 2 Febrero de no sé qué año, una caravana compuesta de catorce ó veinte personas, entre jóvenes, ancianos y párvulos de ambos sexos; cabalgando los unos en el caballo de San Francisco, y arrellanados otros en albardones de paja moidos por cuadrúpedos asnales. Gente aldeana toda, que rebosaba alegría y salud; que trasegaba el vino del pellejo al estómago en cualquier época del año, y que en esta, á que nos referimos, lo hacía con mas ahinco, para ahuyentar el frío de la estación y entretener el tiempo ocioso.

Descollaba entre esta muchedumbre, á la manera que descuella el chaparro entre los matorrales de un monte bajo, la enorme y abotijada persona del Sr. *Juan Colmena*, el mas rico de los cosecheros de Bolaños, con sus puntas de hidalgo y sus ribetes de entendido; el cual, oprimiendo los lomos de una robusta mula, se entretenía en arrear con una varita de olivo la genicenta pollina donde envuelta en jamóas caminaba su esposa. Estos tiernos consortes, que en el estado de la naturaleza, quiero decir, despojados de sus vestidos, vendrían á componer un peso de veinte y tantas arrobas, parecían nacidos uno para otro; ni mas ni ménos que el elefante fué criado para su hembra, y la madre de los terneros nació para el reposado y sesudo buey. El Sr. *Juan Colmena* frisaba en la edad de los cincuenta años, y era sin embargo tan candoroso como un niño de escuela. Su muger, la señora *Leoncia*, ocupaba en cuanto á edad el término medio en la serie de números de la lotería primitiva; pero habia avanzado tan poco como su digno consorte en la progresion de los desengaños mundanos; é iba anunciando en su franca fisonomía, que participaba mucho de la sencillez de los pavos y gallinas de su corral. Mostrábales grande deferencia y respeto el resto de la comitiva; porque en Bolaños, como en todas las aldeas y ciudades del mundo, el pobre acaricia y adula al rico, y el rico ergue la cabeza en la presencia del pobre ora vivan sometidos al yugo de los Califas, ora gocen la benéfica influencia de los gobiernos que tienen por lema *gualdad ante la ley*.

¿Pero á donde se dirige esa gente? ¿Cual es el motivo que los mueve entre nubes de polvo, encaminándolos hácia ese inmenso lugaron cuya torre se divisa á lo

léjos?—Curioso lector, levanta los ojos unos cuantos renglones mas arriba, abre despues el calendario de Castilla la Nueva por la segunda oja vuelta; coteja la fecha en que se celebra la feria de Almagro, con la que tiene esta fidedigna historia, y saldrás inmediatamente de la incertidumbre en que ahora yaces. Solo te advertiré, porque esto no lo dice el calendario, ni está escrito en los precedentes renglones, que el Sr. Juan Colmena, que á la sazón saca de entre los pliegues de la faja un largo bolsillo de estambre verde, y enenta con mucha pausa diferentes monedas, tiene el proyecto de cambiar en el mercado su modesta cabalgadura por un alazan cordoves que respingue, caracolée y sacuda las evnes, cuando el gordo propietario vaya en persona á visitar su vacada ó á entretener el ocio en la cuadrilla mugeril que le recoge la accituna. La señora Leoncia se propone en este viage tres importantes objetos. Primero, el de satisfacer la comezon, tan natural en su sexo, de ver y ser vista, de curiosear, tocar, entrar, salir, pavonearse, preguntar, regatear, revolver y criticar. Segundo, el de comprarse una saya de percal, fondo amarillo, con grandes ramos encarnados y verdes igual á la que ha visto á una señora alcaldesa, de no sé qué pueblo, en las últimas funciones de novillos. Y tercero, el de poner en movimiento toda la masa humoral por medio del ejercicio, respirar nuevos aires, y aun consultar á algun fisico forastero de los que concurren á la feria, sobre los medios de conseguir algun tierno Isaac; alejando de sí el fatal anatema de esterilidad como otra nueva Sara.

Los demas personajes del acompañamiento llevan miras muy diversas en esta jornada, que fuera largo especificar: quien piensa comprar una faja de estambre y unos escarpines azules; cual trata de mercar unos zapatos de cabra para hacer un regalo á su novia; y cual otro, por último, se propone vender unas grandes hevillas de plata del visabuelo de su muger (único resto que conserva de la carta dotal) para pagar su iguala al cirujano, el herrage al albeitar, y los derechos de un entierro al Señor cura de la parroquia.

II. Todo es bulla y algazara en la gran plaza de Almagro; todo ruido de campañillas: todo grito de vendedores, todo relincho de caballos. Aquí los curiosos se agolpan á ver una respetable muletada que entra de pronto en el mercado, en la que los machos y muleteros todos traen el pelo de la dehesa; allá los forasteros se agrupan al rededor de las tiendas de percales y estameñas, devorando con los ojos los pintorreados florones y los dorados orillos; acá los chicuelos se paran estupefactos á contemplar una manta de higos, y unos cenachos colmaditos de nevados roscones; acullá los galanes hidalgüelos se apresuran á comprar corchetes y botanaduras de filigrana en el puesto del platero, luen gas navajas al chalan; y sendos conos de terciopelo con relumbrones de talco en la ambulante tienda del constructor de las monteras. Nada huelga en este recinto; pisa el pié, el ojo observa, calcula el cérebro, la gente empuja, los perros olfatean, los pobres mendigan, los mercaderes engañan. Solo algun escualido cortesano, que casualmente se encuentra en el pueblo con objeto de ver si las aguas gruesas entonan su estómago debilitado por las píldoras, es el que se pasea con aire indiferente por la plaza, buscando en vano con la vista las antiquísimas sillerías, los viejos fregaderos, las mutiladas sartenes, y demas asquerosos muebles que representan un papel tan principal en la gran feria de Madrid.

En el extremo occidental de este mercado, que es donde generalmente se hace toda clase de cambios, ó guardas, por hablar en el idioma del país, se encuentra reunida una porcion considerable de gitanos de ámbos sexos, que sin dárselos un bledo de que sus ascendientes fuesen Bohemios ó Egipcios, egercitan su industria para vivir y conservarse como Dios manda, ora engañando al prójimo con trueques y cambalaches, ora diciendo la buena ventura á los que tienen la mala de darles oídos; y ora, en fin, escamoteando con singular destreza aquello que nunca sobra en los bolsillos del que lleva y que tanta falta suele hacer al que no lo tiene en el suyo.

En medio de esta turba chalanesca se encuentra un hombre largo y enjuto, con dos cañas de pescar en vez de pantorri-

llas, y una coleta de pelo entre cano que le cuelga por la espalda hasta tocar al hueso púvis. Llámase el tío Perucho y es el corifeo de la cuadrilla egipcia, desempeñando á la vez las funciones de legislador, capataz, sumo pontífice y recaudador del derecho de la cuatropea. Está metido en una conversacion tan grave como tirada con el señor Juan Colmena; y según se colige por la atencion con que este observa de reojo á un caballo negro, que entre otros varios tiene de venta el Perucho, ha fijado ya su eleccion, y el cambio de la mula debe verificarse muy pronto, bajo las condiciones que se estipulen y acuerden por ámbas partes.

No muy lejos de este sitio, se descubre á la señora *Leoncia*, revolviendo con impertinente afán, una cajita de sortijas que le presenta una gitana. Rodéanla seis ó siete mozuelas de la misma casta que la vendedora, todas de tcecs morenas, de cabellos desgreñados, de ojos vivarachos y de lengua espedita. Tan acosada se encuentra la redonda aldeana, que no sabe como contestar á las ofertas y preguntas de aquel enjambre, ni cual anillo elegir de los muchos y de variadas formas que se le ofrecen á la vista.—Lleve su mercé este rubí, señorita, que tiene los mismos colores que esa cara de cielo.—Yo si fuera su mercé, compraria eza esmeralda para zer afortunada en amarez.—Calla tú, yegua pia; y qué necesiá tiene de mercé de esmeraldaz con eze amoreito de talle y eze Jezu de palmito, que parece una vírgen de loz ángelez.—Lo que debe llevar la ceñorita, ez eze anillo de oro con diamantez, y estos cintillicos de plata para los niños.—No tengo la dicha de ser madre, dijo *Leoncia* suspirando, y acomodándose en el dedo la preciosa tumbaga.—Señorita, déjeme su mercé mirar esa mano, exclamó la que llamaban *yegua pia*, sin duda por las enormes pecas que á manera de manchas se estendian por su rostro. Déjeme por la vírgen mirarla, que así la ampare el fruto de sus entrañas, como la color de las payas y las cruces que forma la palma, me dicen que su mercé está en cinta.—Y diciendo y haciendo, se dió dos vueltas al cuerpo con las puntas del pañuelo, que á manera de chal le colgaba de los hombros, sacó la pierna derecha con gracia como si fuera á bailar un alantados, cogió el brazo de la aldeana, que esta alargó sin repugnaecia

alguna, y mirándolo de hito en hito, entabló un interrogatorio, despues una forma de oracion, y en seguida un pronóstico, que fueran dignos de narrarse, si el ruido que á la sazón formaban en aquel tránsito varios carros cargados de vino, no impidiera percibir con distincion las mágicas palabras de la adivina.

Mas dejemos á la señora *Leoncia* que ventile á su sabor las cuestiones mugeriles que fueren de su interes; y trasladémonos de nuevo al páraqe donde el obeso Colmena y el enjuto Perucho, dignos trasuntos del bombre gordo y el hombre flaco de nuestros dias, disputan acaloradamente, sobre el valor, mérito y cualidades del caballo en venta.—Para que ze perzuada su mercé de lo que ez eze vicho voy á hacer que el pipiolo le dé un trote en pelo.—Oye, muchacho, zube encima de eza beztia y dala cuerda hazta que zude loz higados; que este señor quiere avizorar como brazea.—No hay que quitarle la mantilla, (dijo un mozalvete del corro, con sendas botonaduras de plata en calzon, justillo y chaqueta, larga chorrera acanelada, y pañuelo de seda ajustado á la frente.—No hay que tocarle á la cincha, que no ce le ha dao toavía el pienzo y ce le pueden rezfriar los riñones.—Aguarda pipiolo, que te dé el estribo.—En esto se acercó al interlocutor un muchachuelo como de seis años, afirmó la punta de un pié en la mano del mozalvete, y haciendo un pequeño empuje se puso á horcajadas encima del caballo con tanta presteza y desenvoltura, como pudiera hacerlo un alumno del circo Olímpico de Paris.—Arrea, morito, y no le dezboquez; dijo entóncez el chalan dando una fuerte palmada en el anca del animal, y al punto el moro, como si le entendiera, ó mas bien como si sintiese el pinchazo del aguijon (1), emprendió un trote largo enhestando las orejas y haciendo corbetas que merecieron los mayores aplausos de la concurrencia. Despues de esta prueba se procedió á un exámen escrupuloso de las patas del caballo, que se hallaron sanas y sin ningun alifafe aparente; se le abrió la boca y se contaron los dientes que estaban completos, blancos y sin gra-

(1) Los gitanos suelen llevar un anillo armado de un pequeño aguijon ó punta de hierro para espolear á las caballerías, afectando acariciarlas.

nillo; se calculó la edad en un lustro no cumplido, atendiendo á que el animal no habia mudado aun los dientes de leche.

Y despues de mil altercados, de setecientas exageraciones por parte de la cuadrilla gitanesca, y de quinientas contorsiones por la del Colmena, que ora abriendo los ojos para mirar al alazan, indicaba sus vivos deseos de poseerle, y ora metiendo la mano en el bolsillo, decia bastante lo sensible que le era disminuirle de volúmen, consumóse la guarda; el morito con su mantilla de bayeta de cuadros pasó á poder del propietario de Bolaños; y la mula de este con todo su aparejo, y 20 doblones en buena plata, entró en el fondo comun, de la cofradía vagamunda.

No bien se habia concluido este trato tan ventajoso para el señor Colmena, que no cabia en sí de gozo por haber puesto á su empresa tan venturosa cima, cuando se sintió tirar de la manga por su amable consorte, que le dijo al oído con aire de satisfaccion.—«Chiquillo tenemos.»—¿Que quieres decir con eso? exclamó regocijado el señor Juan, echando un brazo al cuello de su caballo y otro al de su muger.—Que he comprado, dijo esta, unas yerbas cogidas en América ó en las Indias, allá, muy léjos, con los cuales haciendo un cocimiento de vino blanco y tomándole en luna creciente, ántes de los diez meses tendremosorro en casa.—Mira, mira otra merca que he hecho.—¿Y qué significa ese rollo de bayeta y esas tiras de lienzo que traes ahí?—¡Majadero; exclamó la señora Leoncia empinándose en las puntas de los pies para alcanzar á la oreja de su marido; merecias no ser padre jamas, ya que eres tan torpe que no conoces que estos son los avios para la envoltura de tu hijo!...

### III.

Por el camino que conduce desde Almagro á Bolaños, marchaba en reposado continente la mismísima alegre carabana, de que hemos hecho mencion en el principio de este artículo. Todos sus individuos habian dejado algunas monedas en la feria, pero en cambio traian abundante provision de efectos y halagüeñas esperanzas de sorpresa para sus respectivas familias. Solo el redondo y apelmazado Juan Colmena era el que regresaba algun tanto ta-

citrno, flojas las riendas en la mano, y libre el pensamiento que vagaba por el estrecho aposento de su cérebro, como voltiugea el murciélago en un desvan acosado por les chiquillos y ofuscado por la luz de un candil. Todo el placer que experimentaba su corazon al verse á caballo sobre un moro jóven, fogoso y de buena estampa, se lo amargaba el recuerdo de su mula querida; aquella tierna compañera de sus paseos campestres y de sus fatigas labriegas. A mas de esto, entraba en cuentas consigo mismo, y calculaba por celemines y cuartillos las fanegas de trigo que tendria que vender, para reintegrar á su monetario de los 75 pesos fuertes, que habia estraído del arcon, y sacaba por resultado, segun el mal estado que presentaba la cosecha, que estaba en el caso de apelar á las medidas extraordinarias de economía, para evitar un hundimiento en el edificio de su fortuna. Yendo y viniendo en estas tristes cavilaciones, marchaba sin hablar palabra y sin acordarse siquiera de arrear á su acanea; y con tono mas de marido que de amante, la dirigió una brusca interpelacion.—¿Qué cuanto dinero he gastado? repuso la señora Leoncia, tirando del ramal á su jumenta y haciendo un alto repentinio con muestras de confusion y de desagrado; ¿qué cuanto dinero he gastado? no parece sino que soy alguna muger despilfarrada, que arruina á su marido sin ton ni son, echándose galas y moños, ó comprando higos y galguerías. Es verdad que he mercado una saya y unos escapularios de la Virgen, y un rosario de plata y otras cosas que me hacen tanta falta como el comer; pero á buen seguro que todavia traigo cinco duros de los veinte que saqué del lugar. Y para probar lo que decia, echóse la mano atras á buscar la abertura de la saya, metió, sacó, volvió á meter y sacar, y mudando veinte y cinco colores, diciendo mil veces Jesus, y doscientas mil aves Marias, concluyó confesando no sin despecho y rubor, que la habian robado el dinero y el rosario de plata con la adiccion de un pañuelo de yerbas, que no tenia mas que cinco lavaduras, y la caja del rapé que era de hoja de lata con charol amarillo. Sus sospechas y sus maldiciones recayeron inmediatamente sobre la aventurera yegua pia, que al introducirla en el bolsillo las misteriosas yerbas de la fecundacion, habria estraído estos objetos

por evitar, sin duda, que padeciese detrimento la misteriosa medicina.

Llorosa y acojorada la buena lugareña por la pérdida de sus alhajas, sintióse acometida de pronto de una idea aterradora. La adivina, había abusado de su confianza robándole traídoramente; ¿no podría del mismo modo haberse burlado de su sencillez, pronosticándole lo que tanto anhelaba, y vendiéndole á caro precio unas plantas destituidas de la virtud prolífica? Esta duda cruel puso el colmo á su ansiedad y desesperación. Dió mil vueltas entre sus dedos al papel, sin atreverse á desdoblárla, lo acercó á las narices para ver si el olfato podía penetrar el arcano, lo guardó de nuevo, volvió en seguida á sacarlo, y por último, decidiéndose de una vez despliega los dobleces, examina el contenido, y lo arroja violentamente contra el suelo, llena de vergüenza y de rabia. Las plantas raras, las yerbas traídas de América y que cocidas en vino blanco y tomadas en cuarto creciente tenían prodigiosa virtud de alejar la esterilidad, eran en suma, unas flores cordiales, tan secas, tan insípidas y tan propósito para promover una abundante traspiración, como las que usaba la señora Leoncia en cualquier cuarto de luna en que se sentía costipada.

Difícil fuera enumerar las imprecaciones que hizo y los denuestos que pronunció, cuando llegó á penetrar hasta el fondo de su amargo desengaño. El señor Juan Colmena, apesar de sus cuentas y de los nuevos defalcos de su conjunta y atrahillada muger, no pudo ménos de soltar la carcajada al ver las ojas secas de amapola y la flor de malvas á tan caro precio compradas; y queriendo hacer gala de su inteligencia y superioridad en materias de comercio, metió las espuelas á su alazan, esperando una corbeta ó un respingo gracioso, que pusiese de manifiesto la escuela, gallardía y vigor de su gentil cabalgadura. Pero ¿cuál fué su sorpresa al advertir que el sumiso animal sufrió resignado la espuela, y solo emprendió un medio trote cogeando de una mano, para volver un minuto despues á su marcha pausada y fatigosa? Picóle segunda vez, y segunda vez repitió las mismas evoluciones; apeóse entonces, reconociéndole detenidamente, y despues de darle mil vueltas, auxiliado en esta operación por todos

los labradores de la caravana, se convenció con asombro de que el caballo estaba abierto de pechos y tenía una herida profunda en el casco de una mano. Atribulado entonces y lleno de disgusto, mandó hacer alto á la gente con pretexto de tomar un refrigerio, y dió orden á uno de sus gañanes para que quitase los aparejos al moro y le pusiera en el arnero un razonable pienso con que restaurase sus fuerzas. Nuevos descubrimientos, nuevas consternaciones. El lomo del animal estaba acribillado de mataduras, y los remiendos de piel cosidos diestramente para taparlas, solo servían para exacerbar su dolor en aquella parte, produciéndole convulsiones y continuos estremecimientos. Aturdido Colmena, y sin saber lo que le pasaba, moviase de un lado á otro, no acertando á disculpar su torpeza, ni á disimular la ira, la tribulación y la angustia que abrigaba en su corazón.—Es muy jóven, decía procurando consolarse á sí mismo; no tiene aun cinco años, y será fácil curarle: en teniéndole quince dias á mi cuidado, yo respondo de que ha de beber los vientos, porque es de casta de mucho brio. Apuesto á que come dos cuartillos de cebada de una asentada....

Hízose en efecto la prueba; el caballo alargó el hocico hacia el arnero movido del poderoso instinto de la necesidad, pero al querer masticar los primeros granos, se desprendieron, uno tras otro de sus viejas mandíbulas, hasta cuatro dientes heterogéneos que el arte habia ingerido en ellas para suplir provisionalmente la falta de los naturales.

Este postrero é inesperado desengaño, acabó de dar al traste con la poca paciencia que restaba á Colmena, destruyendo de una vez sus ilusorias esperanzas. Mohino y cabizbajo emprendió de nuevo el camino hacia su casa, seguido de su muger, no ménos afligida y confusa que él, y de toda su comitiva; reflexionando tristemente, que habia llevado á la feria gran parte del fruto de sus ahorros, y que traía en cambio una piel para forrar sus baules, y una envoltura para el primer espósito que apareciese en la pila de la parroquia.

C. DIAZ.

# CARLOTA CORDAY.

## CONCLUSION.

El acusador público reasumió sus cargos, y en seguida dijo el presidente; están concluidos los debates, el defensor tiene la palabra.

«Al resonar estas palabras, y cuando me levanté para hablar, añade M. Chauveau Lagarde, se armó en la asamblea un ruido sordo y confuso, en seguida todo quedó sumido en un silencio tan profundo que me heló de terror.

«Mientras habló el acusador público, los jueces me enviaron un recado aconsejándome que guardase silencio, y el presidente me manifestó que lo mejor era que me limitase á probar que la acusada estaba loca. Todos deseaban humillarla.

«Pero ella permanecia imposable, y en las miradas que me lanzaba leia yo el deseo de no ser justificada; por desgracia no podia ser otra cosa, porque de los debates resultaba la prueba legal de un homicidio premeditado.

«Sin embargo, firmemente resuelto á cumplir mi deber, tomé la palabra con marcada emocion, y dije;

«La acusada confiesa con la mayor sangre fria el horrible atentado que ha cometido, confiesa igualmente su larga premeditacion; confiesa las circunstancias. En una palabra, lo confiesa todo y ni siquiera piensa en justificarse.

«Hé ahí, ciudadanos, su mas elocuente defensa; esa calma imperturbable y esa abnegacion de sí misma que no revelan remordimiento alguno, ni aun en presencia de la muerte, esa calma y esa abnegacion no se encuentran en la naturaleza; no pueden explicarse sino por la exaltacion del fanatismo político que la puso el puñal en la mano; y á voso-

tros, ciudadanos jurados, toca decidir que peso puede tener esta consideracion en la balanza de la justicia.

«A medida que yo me explicaba en estos términos una expresion de contento brillaba en sus ojos.

«Recogidos los votos del tribunal, todos, sin escepcion, estuvieron por la pena capital.

«El presidente anunció su sentencia de muerte y la confiscacion de sus bienes; en seguida la preguntó si tenia algo que hacer presente sobre la aplicacion de la ley, pero sin contestarle se dirigió á mi, y con dulce y halagüeño acento,

«Caballero, me dijo, os doy mil gracias por la firmeza con que me habeis defendido de un modo digno de vos y de mi; esos señores (dirigiéndose á los jueces) me confiscan mis bienes... pero yo quiero daros una prueba mas notoria de mi agradecimiento; os suplico que pagueis por mí lo que deba en la prision, y cuento con vuestra generosidad (1).

Vemos pues, por relacion de su mismo defensor, que Carlota Corday daba tan firmes y nobles respuestas con seguridad, pero sin jactancia alguna; su tranquilidad provenia de su conciencia y no tenia miedo porque la pobre niña se veia irreprochable. Con admirable paciencia oyó hacer sus declaraciones á los testigos, y cuando acababa cada uno, decia. «Es verdad; el declarante tiene razon.» De lo único que se defendia era de su pretendida complicidad con los girondinos.

En su prision escribió dos cartas, una á su padre y otra á Barbaroux. Hé aquí la que dirigió á su padre.

«Perdonadme, querido padre, por haber dispuesto de mi vida sin vuestro consentimiento. He vengado á muchas vic-

(1) Sus deudas no ascendian mas que á treinta y seis libras en asignados, que al dia siguiente pagó M. Chauveau Lagarde al conserje de la Abadía.

timas inocentes ¡he evitado infinitas desgracias! el pueblo se desengañará un día y me dará las gracias por haberle liberado de su tirano. Si procuré persuadirlos que pasaba á Inglaterra, era porque creí poder guardar el incógnito; pero he visto la imposibilidad de mi plan. Espero que no me lo echareis en cara. En Caen encontrareis defensores. Adios, amado padre, os suplico que no me olvideis... ó mas bien que os alegréis de mi suerte.... conocéis á vuestra hija y sabéis que no puede haberla guiado ningun fin vituperable. Abrazad á mi hermana á quien amo de todo corazón, y no olvideis aquello de Corneille.

«No el cadalso.

El crimen es quien nuestra mengua labra.

«Mañana á las ocho es cuando deben juzgarme.»

En su carta á Barbaroux se trasluce alguna alegría; cuenta su viage de Caen á Paris, y luego habla tranquilamente de su llegada y arresto. Dice en un pasage.—«Todos están descontentos aquí por no tener mas que una muger que ofrecer á los manes del *grande hombre*.... Perdon ¡oh hombres! este apodo deshonra á vuestra especie; era una bestia feroz que iba á devorar á la Francia, y yo la he echado abajo.... ¡Ahora, viva la paz! Gracias al Cielo, Marat no habia nacido frances.

«Confieso que he empleado un artificio para llegar hasta él: cuando parti de Caen contaba sacrificarle en la cima de la montaña de la Convencion nacional, pero habia dejado de asistir á ella.

«En Paris no comprenden como puede una muger inútil, cuya vida no sirve para nada, darla á sangre fria para salvar á su pais. Esperaba morir en el acto; pero algunos hombres valientes y superiores á todo elogio me han preservado de los furores del populacho. Como esta

ba serena he sido blanco de los gritos de muchas mugeres; pero quien salva á su patria no se detiene en lo que cuesta.

«¡Ojalá que se restablezca la paz tan pronto como deseo! Por fin, ya tenemos de ménos un gran criminal sin el cual jamas la hubiéramos obtenido; en cuanto á mi hace dos dias que la gozo, pues la felicidad de mi pais es la mia propia.

«Lo que me inquieta es la suerte de mi padre; si le persiguen por causa mia os suplico, ciudadano, así como á vuestros cólegas, que le defendais fervorosamente.

«Mañana á las ocho me juzgan, probablemente á las doce *habré vivido*, usando la espresion de los romanos.

Cuando entró el verdugo el 17 de Junio por la tarde en la prision, para conducirla al suplicio, encontró á Mlle. Corday escribiendo tranquilamente una carta. Con una voz dulce y en ademan lleno de gracia como si todavia se hallase en un salon dijo al ejecutor. «Ciudadano, permitidme que acabe; no me faltan más que dos lineas.» Era la carta que dirigía á M. de Pont-Coulant á quien acusaba equivocadamente, pues no sabia que este diputado á quien escogiera para defensor, no habia tenido noticia de su eleccion ni de su demanda; el acusador público habia interceptado el billete que habia escrito con este motivo.

Al volver á su interrogatorio, dijo á los criados del verdugo.

Señores, si os es indiferente hacerme padecer ántes de morir, os suplico me permitáis que me levante las mangas, y me ponga guantes.

Y diciendo estas palabras enseñó sus hermosos brazos enteramente magullados.

Eran mas de las siete de la noche, cuando vestida de la camisa roja de los asesinos, salió de la Conserjería y subió á la fatal carreta. El innoble vestido que cubria á la jóven republicana no disminuía sus encantos, y desde la tumba donde se

sostenia de pié, contemplaba con lástima y sin cólera á la muchedumbre que se agolpaba para verla correr á la muerte. Sin embargo, no todos los circunstantes la insultaban, muchos la compadecían y la admiraban.

Cuando subió al cadalso hubo un movimiento de indignacion, originado por el pudor en el momento en que el criado de Sanson la quitó el pañuelo, para que la cuchilla de la guillotina no encontrase obstáculo.

La cuchilla hizo su oficio, y la cabeza de Carlota Corday levantada de los cabellos por el criado del verdugo, fué mostrada á los canibales que rodeaban el cadalso. El miserable dió repetidas bofetadas á aquella masa sin vida, accion que fué anatematizada por los mismos septembristas.

Algunos espectadores de esta ejecucion han asegurado haber visto cubrirse las mejillas de la victima de subido carmin, fenómeno que se atribuyó al resentimiento público que experimentaba. Largas disertaciones se han escrito sobre este particular y un famoso anatómico, el doctor Sumring, sentó entonces la proposicion de que *la cabeza separada del cuerpo sobrevive al suplicio.*

Yo he oido decir á una persona. «Cuando apareció Carlota en el umbral de la puerta de Marat, la vi palidecer y temblar ante aquel populacho que ahullaba injurias y amenazas; entonces ella misma confesó que temia ser despedazada por aquellos frenéticos: la pobre niña estaba bien resuelta á morir; pero no con muerte tan horrible. Horrible cosa era tener 25 años, ser bella, merecer la admiracion, y verse insultada, ultrajada y esperar á cada instante que una mano atrevida diese la señal, y comenzase la larga serie de dolorosos tormentos que un populacho desenfrenado acumula contra un infeliz indelencoso; esta idea la hizo estremecerse, y

permaneció algunos momentos parada en el umbral de la puerta.

La relacion de la muerte de Carlota Corday ha hecho siempre en mí una impresion mas triste que los asesinatos de los Carmelitas, de La Force y de la Abadía. Al lado de las otras victimas se encontraba un ángel que las sostenia en su sangrienta agonía, pero en vano busqué este ángel junto á la muger animosa que mató á Marat. Los últimos momentos de Carlota Corday no fueron dulcificados por pensamientos religiosos; en sus cartas poco ántes de ir al cadalso, habla de los *Campos Eliseos* y de las sombras de *Bruto y Caton*; pero nada dice de Dios ni de su Madre. La desgraciada no oraba; mira á la tierra con desprecio, pero no levanta los ojos al Cielo; muere con valor, pero sin fé; una vendedora en su caso hubiera estado patética: en el cadalso desaparecen las pasiones y dejan su lugar á las divinas esperanzas.

---

## BIBLIOGRAFIA.

---

*Libros á precios inferiores de las librerías.*

### CARTAS

DE

ABELARDO Y ELOISA

*precedidas de un ensayo histórico de Mr. y Mme. Guizot.*

Dos hermosos tomos en 4.º con 8 excelentes láminas á 50 rvn.

Ademas de las verdaderas cartas de estos dos célebres amantes, y de las imita-

ciones de varios poetas insignes, franceses, ingleses y españoles, contiene esta obra diversos fragmentos relativos al mismo asunto y escritos por los hombres mas notables de nuestro siglo, como Chateaubriand, Coussia, Saint-Marc, y Girardin.

Ningun asunto mas interesante para los que se cuidan de los adelantos de la filosofia europea durante la edad media: ningun recuerdo mas encantador para los que pueden formarse idea de la mas poderosa de las pasiones del corazon humano.

Este libro es tan necesario en la biblioteca de un filósofo, como en el tocador de una hermosa.

**OBRAS DE MELENDEZ VALDES**

Un tomo en 4.º, excelente edicion á 20 rvn.

Hacer un elogio de las poesias de Melendez Valdes fuera hacer una injuria no leve, á la instruccion y la buen gusto de nuestros lectores. ¿Quién no sabe que es el restaurador de nuestra buena poesia y que es acaso el mas fluido, el mas armonioso de nuestros poetas?

La presente reaccion contra los horrores y las exageraciones del romanticismo ha vuelto á las poesias de Melendes Valdez el crédito, de que durante algun tiempo estuvieron privadas.

TRATADO COMPLETO DE ANATOMIA

**DEL BARON BOYER.**

Es inútil hacer el elogio de esta interesantísima obra, la primera sin duda alguna de cuantas se han escrito sobre tan importante materia.

Su precio en las librerías es de 5 rs. por cuaderno.

Se admiten suscripciones en Cádiz, en la redaccion de la REVISTA GADITANA: en el Puerto, en la librería de Valderrama: Jerez, Bueno: San Fernando, Molinelo: Sanlúcar, Gurrea: Medina, Rosso.—A 4 rs. el cuaderno.

La obra constará de 25 cuadernos y por tanto el ahorro en ella es de 25 rs. sobre el precio de suscripcion.

**COLECCION DE NOVELAS SELECTAS.**

De Walter Scott, de Lessage, de Bernardino, Saint Pierre, de Chateaubriand &c. á precios muy económicos.

Se hallan de venta estas obras y otras muchas de diversos géneros en los mismos puntos donde se admiten suscripciones á la REVISTA GADITANA.

**LA HOMEOPATIA,  
PUESTA AL ALCANCE DE TODO EL**

**MUNDO,**

por Luis Fleury,

*Antiguo cirujano del hospital de San Lázaro, &c.*

Opúsculo en cuarto que se vende al precio de ocho reales vellon en las librerías de Hortal y Compañía, Féros, Bosch y en todos los puntos en que se suscribe á la REVISTA MEDICA.

IMPRENTA DE LA REVISTA MEDICA, calle de la Torre, esq. á la del Jardinillo.